

"La línea recta de tu mundo lineal ha encontrado su punto de partida".

¿Qué sucede cuando encontrar el amor supone encontrarse también a uno mismo, salirse del tiempo y del espacio físicos, dejar de ser víctima de los acontecimientos?

Esta novela romántica con trasfondo metafísica, entreteteje con el hilo de su argumento diferentes estilos de narración, integrando una serie de relatos cortos que le aportan una diversidad única y sorprendente.



GRACIELA BÁRBULO

EL FINAL DE LA CIRCUNFERENCIA

El final de la Circunferencia



Graciela Bárbulo

EL FINAL DE LA CIRCUNFERENCIA

De la cuarta a la quinta Dimensión

GRACIELA BÁRBULO

© 2008 Bubok Publishing S.L.

2ª edición, Abril de 2012

Registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual

Número de asiento: 16/2006/2082

Depósito Legal: M-009648/2005

Impreso en España / Printed in Spain

Impreso por Bubok

“Toda línea recta,
si la prolongamos hasta el infinito,
acabará por cerrarse en un círculo.”

Riemann

Cuando colgó el teléfono, se sintió como un recipiente al que hubieran vaciado su contenido. Su alma, deshilachada en palabras, había salido del cuerpo atravesando el corazón, pero no hubo un lugar donde pudiera posarse. Tal vez ahora fuera hilos enredados en algún lugar oscuro donde no existiera otro corazón que supiera acogerlos. Todo aquello de lo que se componía ella hacía unos instantes, en su deseo de compartirse, se había desintegrado en el vacío.

De nuevo no había nadie dentro del cuerpo con el que se movía por el mundo. Tal vez aquella sensación no representara nada más que un problema de identificación con su propia realidad, con quien realmente era, y ese alma que su cuerpo había estado poseyendo simplemente viviera en algún lugar donde tenía sentido. Por eso ella se había quedado con materia vacía.

Ahora sí que se había acabado todo. Parecía que en aquella conversación telefónica que quedó posada en Sevilla,

el corazón se había agrandado con el fin de llegar hasta Iván y acogerle, o tal vez sólo hubiera deseado acercarse lo suficiente para ser acogido. ¡Quién sabe! El caso es que estalló, mostrándose. Por eso Sandra dijo que sentía el corazón dilatado. ¡Era tan grande aquella revelación! Y, sin embargo, él parecía haberla pasado por alto. Quizá fue la impotencia, o la soledad, pero Sandra terminó llorando unas lágrimas que Iván había interpretado como amor, al igual que tantas otras lágrimas suplicantes que en montones de ocasiones había visto derramarse de sus ojos. Muchas veces la esterilidad de reiterados esfuerzos por ser aceptada, había arrastrado a Sandra a las lágrimas. Surgían de la impotencia. A pesar de ello, alimentaban el ego del hombre que, a su lado, no estaba predispuesto a verse más que a sí mismo. Era por ello que veía a Sandra languidecer de amor por él en cada llanto.

Sin embargo, cuando estas últimas lágrimas salieron el amor ya se había empezado a escapar para siempre. Aún así, la soledad era tan grande que Sandra dijo que le esperaría eternamente. Lo dijo porque no sabía qué otra cosa esperar.

Ahora estaba herida de sí misma, de la ira por la inutilidad del intento, del asesinato de su propia esencia. Era más duro teniendo en cuenta que una de las intenciones infiltradas en su necesidad interna de estar sola era hallar aquella parte de sí misma que hacía muy poco había sentido que debía quedar en ella todavía libre de dolor, entera. Recuperable. Había esperado encontrarla en aquel viaje.

No lo había conseguido. De hecho, casi había olvidado aquel deseo. Ahora sólo sabía que tenía que desintoxicarse del malestar que la envolvía. ¿Qué podía hacer sin dañarse aún más? ¿Cómo escapar de quien se está siendo?

El recipiente ahora no estaba vacío, sino repleto de dolor y desesperanza.

Se sentía atrapada. No hacía ni tres meses que vivía en aquella ciudad que aún no había necesitado investigar. No tenía amigos. Nadie a quien llamar y menos a esa hora. Estaban a punto de dar las tres de la madrugada. La única comunicación donde todavía ponía de sí misma era la que mantenía con los amigos que habían quedado en Madrid, con quienes intercambiaba mails. Pero empezaba a darse cuenta de que en aquel tiempo a solas se había alejado tanto de la persona que ellos conocían y, por lo tanto, daban por hecho que seguía siendo, que ni siquiera con ellos notaba que estableciera una comunicación completa.

Por otra parte, los compañeros de la radio no le había motivado el impulso de darse a conocer. Había logrado simpatizar con las personalidades de Luis y Alex. Luis, tan preocupado siempre, tan pendiente del detalle, y Alex, riéndose siempre de él, metiéndose con su manera metódica de trabajar. Era divertido para Sandra verlos discutir cuando Alex, con su voz y sus gestos amanerados pretendía reírse de él y a cambio recibía insultos crueles contra su sexualidad resbaladiza, como la llamaba Luis. No podía hacer otra cosa que reírse. Lo más fácil era caer bien y divertirse con las anécdotas que se repetían a diario. No

había necesidad de compartir más. En realidad, allí, tal y como se relacionaba con ellos, estaba cómoda. Pero cada jornada, al despedirse, volvía a surgir la Sandra de antes, la de todos los días, la que vivía a solas en su mente y escribía sola su biografía.

En algún momento intentó poner en marcha la mejor intención de conocer gente, pero parecía que siempre acababa dando más valor a su soledad que a las propuestas que su vida le brindaba para esquivarla. Un día, aburrida de silencio, se lo había planteado en serio. Llamó al teléfono que ofrecía un anuncio. Se presentó en la dirección que le habían dado y, después de entrar en el portal y bajar un pequeño tramo de escaleras, se encontró un grupito de gente ansiosa por abordarla. Rápidamente le dijeron lo que costaban el alquiler y la manutención de las fiestas del fin de semana, y le asignaron las cuotas. Luego, le hablaron de las normas que, finalmente y después de muchas palabras, quedaron convertidas en una sola: no se admitían separados.

Cuando Sandra preguntó por qué sí solteros, viudos, casados, los hombres le respondieron que los separados sólo buscaban sexo. Sin embargo, en las miradas de aquellos individuos que opinaban así sólo había deseo y más deseo. Por eso no volvió más. No podía encontrar el amor tras un anuncio por palabras. Ella no podía satisfacer aquellas expectativas, ni ellos las suyas.

Después de esta experiencia, lo intentó una vez más. Esta vez eligió a una sola persona. Tuvo muy en cuenta el argumento del reclamo para no inducir a error. Sin embargo, ésta cita le haría comprender que una persona sola es mucho más débil que un grupo y, por lo tanto, nos hace más cobardes.

Por las polillas

Era el único anuncio que no hacía referencia a la necesidad de compañía. “Si te gusta escribir, llámame. Jacinto”. Llamé inmediatamente, porque sabía que si dejaba pasar el tiempo necesario para razonarlo acabaría apartando a un lado la idea.

Quedamos esa misma tarde, a la seis, en un café.

Pero lo que tienen esas decisiones que se toman sin pensar es que entre el momento que dices “allá vamos” y el momento que llegas, siempre hay un espacio de tiempo muerto en el que tu mente queda en blanco y, finalmente, acabas pensando. Eso sí, ya suele ser tarde. Yo había llegado a las seis menos diez. Allí estaba, pegada a la cristalera, tomando un batido de chocolate, desconfiando, cada vez más, del acierto de aquel plan.

Todos los que pasaban ante mis ojos eran candidatos a gastar conmigo aquella tarde que intuía desastrosa. Como un plumero para mis augurios agobiantes, usaba compulsivamente la idea de “sólo menciona la escritura, sólo menciona la escritura”. ¿En qué problema me podía haber metido si estaba allí por un tema de literatura? En el caso de que finalmente viniera con otro cuento, se acabó. Y justificado está. Otra cosa hubiera sido que el anuncio escogido fuera uno de esos que dicen algo así como “si te sientes abandonada y buscas compañía en tus momentos de desolación, llámame”, como había muchos. Entonces ya no estaría tan justificado que intentara deshacerme de él. En ese caso, tal vez tuviera que tragar con lo que fuera, porque se supone que si alguien busca desprenderse de su soledad por esa vía es porque ya se ha desprendido antes de los escrúpulos.

Yo aún no había llegado a ese punto. Sólo me pesaba aquella ciudad que me tenía maniatada al tedio, y ya al borde de la depresión. Los mails de mis amigos lejanos me decían que aún llevaba poco tiempo, pero todo ese tiempo era un día tras otro y, vivido así, debe parecer más.

Miraba disimuladamente por la cristalera. Sólo pasaba gente que se me antojaba peor que yo misma. Podía irme, si quería. Nunca me reconocería aunque se cruzara conmigo. Yo sabía que él llevaría una bolsa en la mano, pero él no preguntó nada acerca de mí. Es decir, yo sería la que hiciera el esfuerzo de localizarle.

Aún no le conocía y ya me empezaba a parecer un engreído.

El batido de chocolate se estaba acabando. Miré el reloj, deseando que hubiera pasado el tiempo suficiente para desaparecer con una excusa. Las seis menos tres minutos. Los hombres que pasaban del otro lado de la cristalera se llevaban mi mirada clavada a la altura de sus manos caídas. Tal vez alguno creyó que iba en busca de otra visión del mismo nivel. Pero mi soledad más urgente era interior, así que una bolsa en la mano era lo único que perseguía.

Un minuto para las seis. Podía irme. Me sentiría menos culpable si me iba antes de verle, así sería imposible ofenderle.

Pero cómo iba a caer de nuevo en esa soledad. Tenía que ser valiente. Ya eran varias semanas de ausencia de gente alrededor, de conversaciones con amigos. Empezaba a odiar esa ciudad. Me había prometido que no esperaría ni un día más. Pero, en fin, uno sólo... ¿Y si buscara por otro lado que no me comprometiera tanto? Tal vez con más gente de por medio, tal vez otro grupo...

—¿Eres Sandra?

La voz me chocó en la nuca. Sentí que se me había momificado con su aliento. Giré y me encontré tan cerca de su cara que la vi deforme. Sonreí. Cuando me siento nerviosa y culpable a la vez, tiendo a sonreír.

Debería corregir éste hábito, pero es difícil corregir aquello que se realiza de un modo inconsciente.

—Si —dije, intentando alejar mi mirada, lo que no conseguí porque su cara me perseguía para darme un beso en la mejilla.

—Yo soy Jacinto —dijo él, tras los dos chasquidos—. Encantado de conocerte.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

En ése momento se acercaba ya una camarera. El pidió un té. Yo pedí un café y rápidamente añadí:

—Sin cafeína, por favor.

Jacinto me miraba fijamente a toda la cara. Miraba mis ojos, mi boca, mis mejillas. Sus ojos, saltones, me intimidaron. Tal vez ésta característica le hacía parecer más interesado en mí de lo que realmente estuviera. Me hundí ligeramente en la silla buscando en la mesa una barrera más definitiva de lo que daba de sí.

—Así que buscas a alguien que le guste escribir... Cuéntame —dije, sonriendo como si no conociera el miedo.

—Bueno, he tenido una experiencia y me gustaría encontrar a alguien que pudiera narrarla.

—Una experiencia...

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

